

Cambio y nacionalismo

*David Ibarra Muñoz**

La única constante de la época que vive el mundo es la del cambio; cambio intensificado en todos los órdenes de la vida social: se alteran estructuralmente las economías, se transforman los sistemas políticos con las ideologías que les sirven de sustento y la metamorfosis en las relaciones internacionales no tiene paralelo en siglos.

Hasta bien entrada la posguerra se pensaba que los países industrializados habían encontrado una senda estable de progreso por donde seguirían avanzando con seguridad, sin necesidad de mudanzas importantes en el modo de concebir el mundo y sus problemas, si se exceptúa el desafío planteado por el bloque socialista. La brecha del atraso del Tercer Mundo se resolvería a imagen y semejanza de las historias europea, estadounidense o japonesa, repitiéndolas a grandes rasgos, aunque con variantes de detalle.

Ese universo, con un presente ordenado y un futuro predecible, se ha desvanecido. Y no es que las exigencias de transformación de las zonas atrasadas hayan desaparecido, sino que

* Ponencia presentada el 26 de noviembre de 1991, al conmemorarse el cuadragésimo aniversario de la Liga de Economistas Revolucionarios. *Comercio Exterior* hizo pequeños cambios editoriales.

al Norte industrializado se le plantean revoluciones de magnitud semejante o mayor, mientras se diluyen hasta desaparecer los paradigmas que orientaban e imprimían dirección unívoca a las políticas de los gobiernos. El crecimiento o el empleo pleno de la posguerra ceden el paso a la eficiencia productiva o al fortalecimiento del mercado como las metas sociales por excelencia.

El símbolo más espectacular de los cambios mundiales es la desintegración de Europa Oriental o la glasnost y la perestroika soviéticas. Al parecer ahí ha encontrado fin la guerra fría y, con ello, uno de los puntales donde se asentaban las estrategias defensivas y de relacionamiento externo de las potencias occidentales. Y al propio tiempo, esos mismos hechos han trastocado de raíz los planteamientos ideológicos de la posguerra.

Junto a las rupturas bruscas con el pasado, han germinado y se han afianzado poco a poco, acumulativamente, tendencias nuevas que ya cobran influencia para imprimir una fisonomía posmoderna a las concepciones de hace apenas unas décadas.

Los valores subyacentes en la cultura occidental se han desplazado gradualmente de atribuir jerarquía suprema al bienestar material y a la seguridad física de los ciudadanos a poner cada vez mayor acento en la calidad de vida y la protección del ambiente. La ecología mundial planteará riesgos crecientes de salud y supervivencia si continúa (y sobre todo si se apresura) la incorporación de la población del Tercer Mundo a la civilización industrial con las tecnologías en boga. Esas tendencias crean ambivalencias axiológicas no resueltas en las naciones subdesarrolladas que todavía han de sacar de la pobreza a núcleos importantísimos de su población. Asimismo, los electorados ya no se limitan a escoger pasivamente entre candidatos a gobernantes. Ahora demandan con éxito decisiones específicas, como lo demuestra la influencia ascendente de los grupos de ecologistas, pacifistas o feministas que trascienden las viejas separaciones ideológicas o de partido político. Y por igual se debilitan en el mundo industrializado, acaso debido al mejoramiento secular de los estándares de vida, los viejos conflictos de clase.

Así, la combinación de factores de lenta maduración y las rupturas en las concepciones o las prácticas políticas han hecho que la bipolaridad ceda el paso a la multipolaridad económica, mientras se acentúa la hegemonía estratégica del poder estadounidense. Prueba de lo primero es la pérdida de participación de Estados Unidos en el comercio mundial (un tercio de 1950 a 1980). Prueba de lo segundo es la guerra del golfo Pérsico, cuando aquel país fue capaz de formar un acuerdo prácticamente universal para revertir la invasión de Kuwait y resguardar al propio tiempo las principales reservas energéticas del mundo.

El comercio mundial ha dejado de regirse por ventajas comparativas estáticas, sustentadas en la dotación original de re-

ursos humanos o naturales. Hoy toma cuerpo una nueva revolución industrial y tecnológica, creadora de ventajas dinámicas que benefician a los países más escrupulosamente dedicados a impulsar sectores productivos de avanzada o a desarrollar con deliberación nichos exportadores. Declinan las industrias en que se sustentó el desarrollo mundial de buena parte del siglo (textil, acerera, automovilística y hasta las llamadas manufacturas bélicas), abriendo paso a las telecomunicaciones, la computación y la biotecnología como sectores de punta.

Los sistemas de intercambio cristalizan en grandes organizaciones transnacionales que ya controlan buena parte de la producción industrial de Occidente y más todavía de su comercio, y a las cuales estorban las regulaciones nacionales. A mayor abundamiento, los países más dinámicos se integran en grandes bloques económicos a partir de cuyos intereses tenderán que ordenarse las negociaciones comerciales universales.

El multipolarismo económico ha impuesto el imperativo de coordinar las políticas, no sólo entre los grupos de integración sino entre los principales actores mundiales. Los acuerdos del Hotel Plaza en 1985 marcan el inicio de una fase de formación consensual, aunque aún limitada, de políticas en los campos monetarios y financieros.

Todavía los países no están enteramente preparados para aceptar la necesaria cesión de soberanía a instituciones económicas supranacionales. Sin embargo, los esfuerzos del FMI y del Banco Mundial por ordenar al Tercer Mundo o más recientemente a muchas naciones socialistas, tanto como la interdependencia económica *de facto* entre todos los países, apuntan ya a la declinación del concepto consagrado de Estado nacional. Y junto a ello, surgen con fuerza regionalismos que propenden a disolver por fragmentación a los propios estados nacionales. Es difícil discernir si a esos movimientos centrífugos los inspira el deseo de volver a la certidumbre perdida de la sociedad tradicional o si se busca simplemente una mayor libertad (libertad moderna) de asociación, alimentada con viejos nacionalismos, agravios o diferencias, acaso egófstas, de las capacidades económicas.

El cambio tecnológico ofrece enormes posibilidades de liberación de las estrecheces de la pobreza, pero también puede significar la desalineación funcional de los países del Sur con respecto a una economía mundial cada vez menos dependiente de los recursos naturales. La hegemonía política de Estados Unidos, junto a su menor fortaleza económica, supone formas asimétricas de vinculación internacional, cuya estabilidad y éxito, sin embargo, dependen en buen grado de la cooperación voluntaria de otros estados y de un reparto aceptable de los frutos de la nueva división mundial del trabajo, en proceso de formación.

También han coincidido en el tiempo enormes exigencias de transformación en las economías y sociedades latinoame-

ricanas que por ser de sobra conocidas no se tratan aquí. En cualquier caso, hay una acumulación de mudanzas, internas e internacionales, que hacen del cambio un imperativo categórico por excelencia. Todo ha de transformarse en el país, so pena de languidecer en el aislamiento o en la involución económica. Se necesitan nuevos lazos con qué integrar a la sociedad, nuevas claves para liberar y ordenar las fuerzas económicas a fin de entender y abordar con éxito la etapa histórica que se nos viene encima. De un lado, hay que delinear consensualmente o por decantación consuetudinaria las nuevas funciones del Estado y los alcances de la democracia. De otra parte, han de reconocerse las limitantes de la autonomía nacional que provienen ya no sólo del atraso, sino de la globalización de la economía, la cultura y los valores. Esto se complica por los rezagos, las desigualdades, las estrecheces que, al distinguir las economías latinoamericanas de las industrializadas, reclaman corrección y crean disonancias históricas en relación con los paradigmas ideológicos dominantes en el mundo.

Por fortuna, México —con el impulso del régimen del presidente Salinas de Gortari— ha tomado la delantera en América Latina. No hay otro país que simultáneamente haya avanzado tanto en afianzar los equilibrios macroeconómicos, abrir la economía, deslindar las fronteras nuevas de lo público y lo privado, asegurar el acceso a los productores mexicanos al mayor mercado del orbe y enjugar los costos del ajuste.

Los acomodados transformadores no se han finiquitado, ni podría ello lograrse en tan breves plazos y a partir de la peor crisis del último medio siglo. La década de los ochenta ha acrecentado enormemente la deuda social con los grupos menos protegidos del país. Deuda que debe saldarse y saldarse pronto —como se comienza a hacer con el Programa Nacional de Solidaridad— para hacer buenos los principios rectores de la Revolución mexicana y ganar un necesarísimo aval histórico de los esfuerzos transformadores del presente. Lograr lo anterior depende de más y mejor democracia. Se trata de integrar viva, orgánicamente, a todos los ciudadanos en los asuntos medulares de la sociedad, es decir, en fijar los derroteros del futuro, reconocer los límites de lo asequible, determinar *ex ante* las formas de distribuir cargas y beneficios entre la población y refrendar o modificar consensualmente los términos del pacto social. Por más insoslayables que sean las realidades externas y por mayores que resulten las ventajas de la tecnología y el mercado, el nacionalismo mexicano es contrario a gestar un mundo eficiente pero pleno de desigualdad y falto de valores comunes.

Por eso, frente a la magnitud de las transformaciones comprometidas, es vital que la discusión democrática de las metas y los intereses colectivos aporte los elementos de cohesión social que reencaucen la singular fuerza del nacionalismo a la construcción del México moderno.

No se trata de una tarea sencilla: hay que remozar concep-

ciones envejecidas o distorsionadas, actitudes, procedimientos y el propio armazón institucional de la sociedad. El nacionalismo mexicano unió las voluntades y creó a los héroes que nos hicieron independientes. La Revolución de 1917 volcó las energías de todo el país en afirmar la autodeterminación de los mexicanos como una colectividad soberana para controlar su destino, en sentar las bases iniciales del crecimiento y en validar con nítida originalidad histórica los derechos sociales de la población.

Al exaltar lo que une a los mexicanos, el nacionalismo hizo ganar la soberanía de un Estado-nación y luego fue fuerza impulsora del primer intento industrializador encaminado a combatir el atraso y la pobreza. Fue un nacionalismo de buen linaje, hermanado con las ideas de la democratización y la soberanía. Ésta reside en el pueblo que por eso tiene derecho a la libertad, la cual sólo se perfecciona en la democracia. Ha sido, entonces, un nacionalismo constructor de la identidad de un pueblo independiente y, por tanto, un nacionalismo que hizo la necesaria separación entre lo propio y lo foráneo. Así, el nacionalismo mexicano siempre estuvo al servicio de la solución de los grandes problemas que marcaron los tiempos de la Independencia, la Reforma y la Revolución.

Hoy —ya lo apuntó en su reciente informe de Gobierno el presidente Salinas de Gortari— el nacionalismo, en tanto fuerza colectiva, debe abordar una tarea nueva. No sólo se trata de afirmar la identidad nacional y el derecho a la autodeterminación, sino, además, de validar las capacidades y la cultura de los mexicanos en la comunidad internacional. Lejos de un nacionalismo defensivo, habrá que lograr la proyección activa de los intereses del país a partir de un esfuerzo mayúsculo de unidad interna y eficiencia conjunta. Resguardar la soberanía en un mundo internacionalizado equivale a reafirmar en la acción los valores perdurables de la cultura mexicana. Alcanzar la excelencia productiva tampoco es propósito que dependa exclusivamente de las fuerzas desatadas de la competencia. Como lo demuestra hasta la saciedad la historia de multitud de países, hoy industrializados, es indispensable avivar sentimientos de responsabilidad colectiva que aglutinen las energías ciudadanas y empresariales para alcanzar objetivos comunes preservando valores compartidos. Y en ello, la participación democrática en las grandes y pequeñas decisiones nacionales y la difusión de una equidad social que llegue a todos parecen ser ingredientes indispensables en una sociedad que mira al futuro sin repudiar su historia, cultura y tradiciones. Ahí está también el antídoto contra las exageraciones del nacionalismo que pueden transformarlo de aliado en enemigo de la libertad.

Ésa es, en suma, la tarea revolucionaria de hoy: colocar en el núcleo rector del empeño por modernizar la sociedad y la economía la idea de avanzar en el camino hacia una unidad liberadora más profunda, la de alcanzar formas de integración negadas hasta ahora por las enormes diferencias sociales que oscurecen secularmente el proyecto de nación. Se trata de resolver los conflictos de legitimidad que nacen cuando el Estado y la sociedad no están movidos por los mismos valores. □